

«FRONTERA», por *Luis Durand*.—Nascimento

Con este libro, Chile posee ya su novela de la tierra, que «ingresa—como afirma el perpicaz crítico y agudo ensayista Mario Osses—a la gran familia sudamericana de obras castizas, familia que remonta a *Facundo* y se remansa en *La Vorágine* y *Don Segundo Sombra*».

Casticismo y no purismo. Vida y no literatura. Realidad sin retórica y estilo sin estilismo. Al igual que Pío Baroja, cuya obra está por encima de los preceptos estáticos porque contiene a la existencia, Luis Durand alcanza a la creación alta que rebasa los moldes de lo escolar y llega al torrentoso cauce de las formas vivas a través de sus innegables dotes épicas, de narrador. para conseguir esto es necesario tener un contenido, llevar un mensaje dentro del corazón; contar con algo que hay que decir y no esforzarse por decir algo. Ubicación sincera en el tiempo y en la historia; comprensión hacia el semejante y mirada siempre alerta en trance de captación de lo eternamente móvil. Cariño por su tierra, limpidez de inspiración y actitud espontánea. A la vez, la humildad conveniente que impide caer en el retorcimiento estéril y la petulancia vacua.

Todo esto se abona a Luis Durand en gran medida. Lo acondiciona desde antes de *Frontera*. En sus colecciones de cuentos, *Tierra de Pellines*, *Campesinos*, *Cielos del Sur*, *Mi amigo Pidén* y *Casa de la infancia*, se aprecia primeramente una sazón lírica que, en sus últimas creaciones, se acerca más a una concepción realista del paisaje. Su criollismo primitivo, atapa indispensable en el desarrollo normal de nuestra literatura, está teñido de salpicaduras románticas, de vivencias idealizadas. Pero, asimismo, la pupila realista de Durand se detiene en los contornos naturales de las cosas y de los seres, equilibrando la levedad de lo lírico con el agua sorda de la narración naturalista.

En sus novelas acontece lo mismo. *Mercedes Urizar*, *Piedra que rueda*, *El Primer hijo* y *La noche en el camino*, culminan en una síntesis nacional: *Frontera*. Sus ensayos, *Presencia de Chile* y *Alma y cuerpo de Chile*, no son más que derivaciones sentimentales de los diversos temas que toca en su literatura. Ensayos narrados más que meditados.

A Durand se le critica—también a Mariano Latorre—su criollismo de estirpe selvática, paisajista. El campo por el campo, sin el drama del hombre. A Latorre más que a Durand. Pero, me pregunto, ¿se podía escribir en Chile sin referirse a la naturaleza dramática, por la solitaria, que al país rodea? Indudablemente que no. De lo particular a lo universal, confirma la buena literatura. El medio sobre todo y, después, los complejos de las civilizaciones refinadas. Habría sido estúpido empezar con la invención de sutiles trastornos psicológicos y torturas metafísicas y sociales, en un lugar donde la soledad de la tierra y el silencio de sus entrañas simplifica al hombre. ¿O querría nuestro público que las almas borrascosas de Dostoiewski y los intrincados espíritus de Guide viniesen a revolver nuestra sencillez de surco? Queda tiempo todavía para que América llegue al símbolo. Cuando se haga—y va siendo compromiso imposter-gable acometerla—la revisión de los valores literarios nacionales, tendrá que concedérsele al fino artífice y grabador de caracteres que es Mariano Latorre, una real supremacía de sobresaliente escritor chileno, sin regateos de preeminencia americana. Y a Luis Durand, la franca animación emotiva que ha puesto en el decorado maravilloso de nuestros campos.

En una conferencia que le escuchamos a Durand, hablaba con honda sinceridad y emoción acerca de la creación de sus personajes. Mitad reales, mitad soñados. En todo caso, siempre chilenos y verdaderos. Porque la ensoñación partía de la experiencia, de lo visto, y no hacía otra cosa que patentizar en arquetipos la multiplicidad de nuestros caracteres. Así como él ha tomado ángulos de nuestra realidad, otros se han detenido

en facetas distintas. Nuestro país es largo y aun restan muchos rincones sin explorar. Si no, que lo digan Juan Godoy, Luis Meléndez, Chela Reyes, Gregorio Amunátegui, María Luisa Bombal.

Durand nos ha dado la mejor novela del Sur y la que más ampliamente comprende a nuestro pueblo. Esto puede molestar a muchos envidiosos consagrados, que ya, de oreja a oreja, andan podándole el mérito. Respira grandeza, dramatismo, ternura. Se para sobre la tierra desde el primer instante y suelta al aire su sinfonía vegetal. ¡Qué variedad de tipos! ¡Qué exactitud de almas! El campo junto al hombre, el hombre sobre la vida y la vida sobre el tiempo. Anselmo Mendoza como expresión de la Frontera bravía; el Boca Santa y el Verde, intactamente populares; Domingo Melín, extraordinario cacique tan estilizado como los de Ercilla; Belarmino, sereno vengador de su tío; el gringo Mr. Thompson, a quien «no le asustaban bandidos», no ¡je, je! Y entre las mujeres, Doña Adolfiná, «famosa en el pueblo por su lengua y por la gracia incisiva y mordaz de sus pelambres»; la bella y animosa Isabel; la amorosa y sensual Terencia Tagle, «limeñita de senos audaces, fina cintura y ojos verdes intensos». ¿A qué seguir?

Las descripciones en esta novela son breves. La abundancia de la acción impide el relleno. El paisaje, tan amado por los criollistas, está pintado en escasas y hermosas viñetas, poniendo una nota de elevación poética en el conjunto de la obra. Ahí están los sobrios trozos de las páginas 14, 53-56, 89, 240-243. La vigorosa pintura de un rebaño de ganado vacuno que cruza por la plaza de Angol. La entrega apasionada de Isabel y Terencia Tagle. Los diálogos intensos y las sabrosas conversaciones. La filosofía sencilla y llana de los hombres de la frontera. El empuje, la pasión, el amor y el odio, el despecho, la venganza. La vida de un pueblo fuerte que principia a domeñar la selva y a abrirse paso por entre el ramaje de la aventura, la lucha y la soledad. Cuatrerros y bandidos; políticos y comerciantes;



indios y campesinos; mujeres tiernas y enamoradas. La misma riqueza de caracteres que hemos visto en Blest Gana, José Eustaquio Rivera y Ciro Alegría. Epopeya similar en las novelas de la tierra de otros países. *Frontera* se suma desde ahora a la selecta producción americana, del brazo de *Don Segundo Sombra*, *La Vorágine*, *Los de abajo*, *Las lanzas coloradas*, *Doña Bárbara* y *El mundo es ancho y ajeno*.

Luis Durand está superando positivamente su obra anterior, sin alejarse demasiado de sus principios literarios. Y esta nueva manera de presentar las cosas, de tratar lo auténticamente nacional, nos indica que nuestra novela pasa por un interesante período de madurez social e intelectual, de verticalidad psicológica, en que el hombre chileno se incorpora con sus angustias y grandezas de ánimo al frondoso escenario de la vida americana. Vuelta fraternal a lo telúrico, raíz y fruto de nuestro continente.—JORGE JOBET.



«NAYJAMA», por *Fernando Diez de Medina*.—Gisbert y Cía., Editores.—La Paz, Bolivia

Interpretar con jerarquía de grandeza cósmica, telúrica, los antecedentes históricos del pueblo boliviano y de la civilización que tuvo su origen en el Altiplano y creó los cauces rectores de una mentalidad racial, de una modalidad humana en el medio grandioso y sobrecogedor del Andes, es la tarea que se ha trazado el profundo escritor Fernando Diez de Medina.

«Thunupa» y «Nayjama» son altos hitos de este tránsito interpretativo del ambiente, de la historia y de la idiosincrasia de su pueblo, que ama con tanto fervor y orgullo Diez de Medina. Sus obras constituyen una expresión «taineana» que dan a la teoría del medio el carácter de un hecho inconcuso.

«Thunupa», la obra anterior a «Nayjama», que Sainz